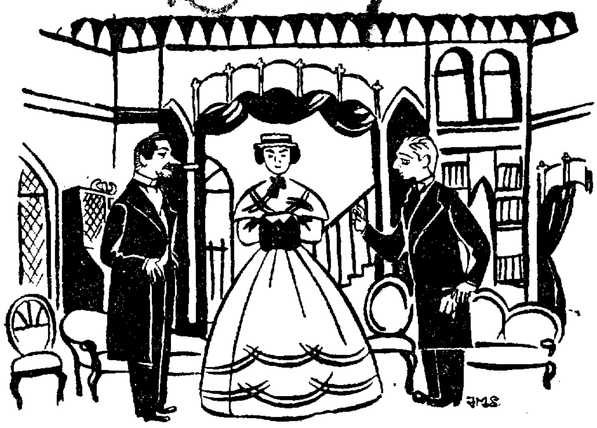
COMEDIA

LA HEREDERA

Comedia en dos actos y siete cuadros, de Ruth y Augustus Goetz, versión española de José Luis Alonso y José Méndez Herrera



Enrique Diosdado, Blanca de Silos y Adolfo Marsillach, en una en una escena de «La heredera», vistos por Serra

ESTA de nuevo en Barcelona la prestigiosa compañía del Teatro María Guerrero, de Madrid. Su presencia despertará generales simpatías, en justo recuerdo de pasadas campañas que cimentaron, no en balde, el mérito de una fama y la justicia de un nombre. Al dirigirles nuestro saludo, aplaudimos los propósitos que les animan en esta temporada y hacemos votos por el éxito de la misma.

«La heredera» fué escogida para presentación de la compañía. Es indudable que el título resulta recurso eficaz, buen señuelo, para atraer al espectador que ya en versión cinematográfica tuvo ocasión de gustar la obra dramática, trasladada ahora a la escena por José Méndez y José Luis Alonso. Es, además, «La heredera» —y la propaganda no olvida mencionarlo—, una obra de éxito mundial, representada por doquier. En suma, que la versión teatral de Ruth y Augustus Goetz prometía ser un auténtico acontecimiento publicitario, pues es evidente que «La heredera» posee en su forma todas aquellas virtudes que llegan a la sensibilidad del espectador y hacen que a la caída final del telón resuenen muchos aplausos. Es una muestra patente de cómo se hace teatro del argumento más baladí, aunque en este caso concreto, quede todo en eso: en una muestra de cómo se hace teatro, no «del bueno», pero sí del que llega directamente a cierto público y se apodera de su interés.

En la suma de aciertos, lo hemos escrito repetidamente, descuella esa excelente factura que es el sello mejor de la obra. Hay emoción dosificada sabiamente, escenas exactamente medidas para disminuir la tensión que en torno al leve problema se crea, diálogo ágil y sustancioso, de párrafo breve y conciso, y aun cierto aire poético que se desprende del personaje central, en contraposición de su manera de ser. En fin, que la obra, externamente apreciada, reúne todas las características precisas para agradar. Pero... el éxito mundial no lo hubiera sido si los autores dejaran en lo expuesto toda su labor; mas, a lo dicho, añadieron también en la medida necesaria, el artificial clima del «complejo» que todavía obsesiona —inficiona diríamos mejor— a los novelistas y dramaturgos de otras latitudes, apartados de la espiritualidad cristiana que es la base de nuestra civilización.

El doctor Sloper es un padre que, humanamente —y por fortuna nuestra— no se da en estos tiempos, ni en los de 1850. Su complejo le resta alientos de verdad a medida que aumenta los efectismos de su intervención en la obra y en su posterior desarrollo. «Ellen», la heredera, presenta asimismo una configuración psicológica que celebramos se aplique a un personaje que pretenden sea real en el Wáshington del siglo pasado. Estos personajes no son personas. Pretenden ser caracteres; y para que por tales los admitamos, en el recto sentido actual de la palabra, les falta estudio detallado y profundo; análisis que, de existir les hubiese hecho seguramente muy diferentes y quizás hubiese hecho imposible la comedia.

El conflicto está bien planteado, y si queremos llegar al límite de las concesiones, diestramente resuelto; pero todo cuanto ocurre en el suntuoso hogar de los Sloper —la frialdad de sentimientos entre padre e hija, el espíritu vengativo de Ellen, las tortuosas reacciones de la pintoresca tía Lavinia— no puede ser tenido como fiel reflejo de la vida, sino, todo lo más, como entretenimiento y gimnástica del cerebro de unos autores que pretenden mostrarnos las lacras de una sociedad, muy distinta en el orden moral, a la nuestra.

Buena comedia dramática en su ángulo técnico; comedia que pertenece a un género tan cercano a lo folletinesco como inmergido en la masa de lo melodramático. En cuanto a su aspecto humano, la estimamos equivocada. Se olvidó a Henry James y a Ruth y Goetz, que, por encima del fatalismo de toda acción real, existe una Providencia que, a fin de cuentas, es la que pone el «telón» final a las desventuras humanas. Y aquí el olvido es más de lamentar, por cuanto el final amargo, crudo y realista de la obra, clamaba a gritos por ese toque sobrenatural que, al echarse voluntariamente en olvido, frustra totalmente los valores más puros de «La heredera», como obra lograda.

El doctor Sloper es médico famoso y riquísimo, que, al enviudar, desea sobreviva en «Ellen» —su hija única— toda la espiritualidad y la virtud que poseía la esposa muerta. Pero Ellen resulta ser opuesta en todo a su madre. Y de ahí nace el desdén del padre hacia su hija, a la que en todo momento ofende con actos y frases. Surje el vacío entre ambos y se complica el abismo al aparecer Morrison, presunto novio atraído por la fortuna de la muchacha, y a quien el doctor «ve» en seguida. Desprecia a la hija, pero no consiente que sea otro el que, aun en otro aspecto, la haga igualmente desgraciada.

La acción no se extiende más. Muere el doctor y retorna a la casa de los Sloper el novio desleal que un día abandonara a Ellen, al comprobar que sin el asentimiento paterno se esfumaba el dinero. Pero «la heredera», despreciada antes por el galán, ahora finge acceder a sus pretensiones, para finalmente devolverle la ofensa, dejándole burlado en el umbral de la puerta de su casa y sin esperanza de otorgarle el corazón. Represalia que envuelve una tragedia íntima desgarradora.

Esta es la obra y éste su desarrollo. El comentario que la misma nos sugiere lo estampamos ya. Queda tan solo por hacer la glosa de la interpretación, y a eso vamos ahora. A prodigar elogios, bien merecidos.

Blanca de Silos es una magnífica actriz, del tipo y escuela de las mejores. En el difícil personaje central, tuvo rasgos dramáticos, sentido de la escena, reflejos certeros de un corazón endurecido al que no ablandan arrepentimientos tardíos, y se mostró consumada actriz, singularmente en la crisis de angustia infinita, al esperar inútilmente al amado y en el vis a vis con su padre, momentos antes de sobrevenirle el ataque cardíaco. Su triunfo fué rotundo, unánime y encendido.

Enrique Diosdado encarnó, de un modo magistral, su ingrato personaje con estudio perfecto del tipo en todos sus detalles y el aditamento de una insuperable caracterización. Adolfo Marsillach explicó una auténtica lección de naturalidad en el teatro con derroche de matices y gala de una sobria distinción. Muy bien Amelia de la Torre en «tía Lavinia». Y dignos también de aplauso por sus acertadas intervenciones Mercedes Albert, Berta Riaza y Pepita C. Velázquez.

Un bello decorado de Víctor M. Cortezo —de concepción y de realización— enmarcó justamente la obra. Unos figurines del propio artista ayudaron deliciosamente a la ambientación. La escena fué servida y movida con la peculiar maestría y buen gusto de los del María Guerrero.

El público siguió la comedia con atención, aplaudió en los finales de acto y al término de la obra ovacionó a los intérpretes, levantándose el telón varias veces en honor de los inteligentes artistas del teatro María Guerrero, de Madrid.

JOSE MARIA JUNYENT